

te de negocios vienés, llegado á Londres con el objeto de montar una empresa de vituallas para los ejércitos beligerantes. Las enormes ganancias hechas por el suegro y el yerno aquel año les decidieron á fundar una casa de banca, que tuvo su principal sitio en Viena y una sucursal en Berlín. Justus Hafner, admirador apasionado de M. de Bismarck, fundó un gran periódico; pero el célebre hombre de Estado rehusó ayudar al antiguo comerciante en piedras para el logro de sus ambiciones políticas, acariciadas desde sus primeros años. Fué un cruel golpe en la vida del laborioso personaje que, habiendo juzgado su porvenir en Prusia, abandonó Viena definitivamente. La creación del *Crédito Austro-Dálmate*, lanzado con extraordinario lujo de reclamos, le permitió realizar al fin una al menos de sus quimeras. Su fortuna, sin igualar á la de los poderosos banqueros de la época, se elevó con una rapidez casi fantástica á una cifra suficientemente grande para permitirle desde 1879 ese lujo superior, sólo propio de los que poseen 500.000 pesetas de renta. Al contrario de lo que sucede á los negociantes de esta especie, Hafner supo y pudo realizar á tiempo esta fortuna y colocar sus prodigiosos beneficios en sitios seguros. Se creía, pues, al abrigo de todo cuando el proceso de 1880 destruyó aquel edificio tan penosamente construido. El *Crédito Austro-Dálmate* cayó de una manera escandalosa entre innumerables desastres públicos y privados, y sucesos tales como el suicidio de la familia Schröder. Los fundadores, entre los que se contaba Justus Hafner, fueron perseguidos. Aunque consiguió ser absuelto, su fama quedó tan mal parada, y la indignación pública era tal, que abandonó Austria por Italia y Viena por Roma. Allí, sin preocuparse

de la mala acogida que al principio se le hizo, procuró realizar lo que había constituido el tercer gran objetivo de su vida: la conquista de una posición en la sociedad. Al período de la avaricia había seguido el de la vanidad, como sucede entre esos terribles comerciantes del dinero. Viudo, preparó el matrimonio de su hija con una fuerza de voluntad y una complicación de combinaciones iguales á sus esfuerzos de otra época; y este *struggle for hig-life* estaba disfrazado bajo la más alta política y el noble aspecto sistemáticamente adoptado. ¿Cómo al través de tantas luchas había encontrado el medio de afinarse para que el cambalachero primitivo y el bolsista no fueran advertidos en el Barón de cincuenta y cuatro años, condecorado con varias órdenes, instalado en su magnífico palacio, padre de una joven encantadora y agradable en su conversación, cortés caballero, elegante *sportman*? Este es el secreto de esas naturalezas hechas para la conquista social, como la de Napoleón para la guerra y la de Tallyrand para la diplomacia. Dorsenne se hacía sin cesar esa pregunta, que nunca resolvía, y aunque mirase al Barón con una curiosidad puramente intelectual, no podía librarse de un estremecimiento de antipatía cada vez que encontraba los terribles ojos del terrible personaje. Aquella misma mañana le disgustó que le hubiera visto en la escalera tomando sus apuntes, por más que apenas hubo un tinte de dulce ironía mundana—la de un gran señor que protegía á un gran artista—en la manera como Hafner le interpelló.

—No se moleste usted por mí, querido maestro,—le dijo.—Usted trabaja cerca de la Naturaleza, y tiene usted razón. Sospecho que su próxima novela versará sobre la ruina de nuestro pobre

Príncipe de Ardea.. No sea usted muy duro para él ni para nosotros...

No pudo el escritor impedir que el rubor le subiese al rostro escuchando esta política broma. Nada tal vez le afectaba más penosamente que aquello que era á la vez muy justo y muy injusto. ¿Cómo explicar la especie de alquimia literaria, gracias á la que él tenía el derecho de afirmar que jamás hacía un retrato, aunque ni una sola línea de sus quince volúmenes estuviera trazada sin un modelo vivo? Así, respondió con cierto mal humor:

—Se engaña usted, mi querido Barón; no tomo notas sobre nadie, ni escribo mis libros como usted supone.

—Todos los autores dicen lo mismo—respondió el Barón encogiéndose de hombros.—Y tienen razón... En todo caso, es una suerte el que haya usted tenido que detenerse á escribir algunas palabras, pues seremos dos los retrasados. Son cerca de las once y cuarto, y debíamos haber acudido á las once en punto. Pero yo tengo una excusa: he estado esperando á mi hija.

—¿Y no viene?—preguntó Dorsenne.

—No—respondió Hafner.—En el último momento no se ha decidido. Ha experimentado esta mañana un disgustillo yo no sé por qué libro viejo que quería comprar y uno más pícaro que ella se le ha adelantado. Pero en realidad, esta no es la verdadera causa de su ausencia. La verdadera consiste en que encuentra muy triste la almoneda de todo el mobiliario de esta antigua familia. Yo no he insistido. ¿Qué sería si hubiese conocido á la Princesa Nicoletta, la madre de Pepino? Cuando yo vine á Roma por la vez primera, hacia el 75, ¡si viera usted lo que era este salón, y lo que era la Prince-

sal... Una Condolmieri, de la familia de Eugenio IV, un Papa del más puro siglo XV.

—¡Cómo hace idiota la vanidad al hombre más sagaz!—pensaba Julián andando al lado del Barón.—Querría hacerme creer que ha sido recibido en casa de esta mujer, la más difícil en lo que se refiere á admitir gente en su salón. ¡La vida es más compleja que como la ven los Montfanón! ¡Esta hija que siente por instinto lo que ese buho de Marqués siente por doctrina; la melancolía de esos finales de la nobleza, con ese padre que deja asomar la punta de la oreja del cambalachero y que habla de Papas de la Edad Media como de un bibelot! Mientras estamos solos es preciso que yo pregunte á este viejo zorro lo que sabe del regreso de Bolestras Gorka. Es el agente de la señora Steno, y debe estar enterado de lo que concierne al polonés.

Precisamente esta amistad de Hafner con la Condesa, de la cual era el consejero financiero, debió ser para Dorsenne una razón para evitar á cualquier precio semejante asunto, tanto más cuanto que estaba seguro de la antipatía de este hombre. El Barón podía, con una sola palabra pérfidamente repetida, perjudicarle mucho cerca de la madre de Alba. Pero el novelista, semejante en este punto á la mayor parte de los observadores profesionales, sólo poseía el poder analítico de una manera retrospectiva. Jamás su penetrante inteligencia le había servido para evitar una de esas pequeñas faltas de lenguaje que son grandes faltas de conducta en el mezquino tablero de damas del mundo. Felizmente para él no alimentaba más ambición que la de su placer y su arte. Sin esto se hubiera procurado muchos enemigos. Buscó el momento en que el Barón, llegado al rellano de la escalera del primer

piso, respiraba con algo de fatiga, y donde el agente del empresario de las ventas, en la puerta, le daba el permiso de entrada á ambos, para decir á su compañero:

—¿Ha visto usted á Gorka después de su llegada?

—¡Cómo! ¿Boleslas está aquí?—preguntó Justus Hafner, que no manifestó por otra parte su asombro de ninguna otra manera sino añadiendo:

—Le creía siempre en Polonia.

—Yo no le he visto—dijo Dorsenne.

Le disgustaba ya haber hablado demasiado pronto. Siempre es prudente no contar el primero ciertas noticias. Pero la ignorancia que el mejor amigo de la Condesa, á quien casi diariamente veía ésta, mostraba por este regreso, había producido al joven una sorpresa demasiado viva para que no insistiese diciendo:

—Alguien le ha encontrado esta mañana, alguien de cuya veracidad no puedo dudar. Después, bruscamente, añadió:

—¿No le da á usted miedo esa vuelta súbita?

—¿Miedo?—respondió el barón.—¿Y por qué?

Al pronunciar estas palabras, había mirado al escritor con su fisonomía impasible siempre, y que, sin embargo, desmentía entonces un gestecillo, bastante significativo para quien le conocía. Los dos hombres habían seguido su camino, cambiando algunas palabras en la primera sala de exposición de objetos de arte pertenecientes á la habitación de Su Excelencia el Príncipe de Ardea, como decía el catálogo, y el Barón no había tomado, como de costumbre, el gemelo de oro que ponía en la punta de su nariz ante cualquier escaparate. Para que caminase con su pie lento — un pie que medía el paso con la prudencia de un policía—al través de los

bustos y estatuas de aquella primera sala llamada "de los Mármoles", sin dirigir su ojeada de antiguo mercader á los tapices de los Gobelinos, colgados de las paredes, preciso era que considerase como de suma gravedad la revelación del novelista. Este último había hablado mucho para no continuar.

—Pues bien, yo que no tengo relaciones con la señora Steno, como usted desde hace algún tiempo, he temido por ella cuando se me ha anunciado este regreso. Ella no sabe lo celoso que es Gorka.

—¿Celoso? ¿Y por qué razón?—interrumpió Hafner. — No es la primera vez que oigo pronunciar el nombre de ese pobre Boleslas á propósito de la Condesa. Confieso que nunca he tomado en serio esos chismes, y no podía creer que usted, un contertulio de su salón, uno de sus amigos, los diera crédito. Tranquilícese usted. Gorka está enamorado de su encantadora mujer, y no puede buscar cosa mejor. La Condesa Catalina es una excelente persona. Ella se interesa por él como por usted, como por Maitland, como por mí, con su natural expansión; por usted, porque escribe tan hermosas obras; por Maitland, porque pinta como nuestros mejores maestros; por Boleslas, á causa del disgusto que tuvo cuando la muerte de su primer hijo; por mí, porque tengo la delicada misión de dirigir á una joven. Es más que una excelente persona: es una mujer verdaderamente superior.

Había pronunciado estas palabras hipócritas con una tranquilidad tan completa, que Dorsenne quedó confuso y al mismo tiempo cortado. Estaba el novelista seguro de que Hafner no creía una palabra de lo que decía, por saber á qué atenerse sobre las costumbres de la veneciana, y conocía el golpe de vis-

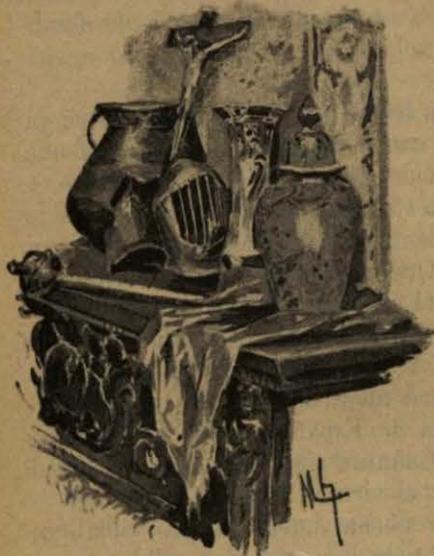
ta del barón. En otra circunstancia, hubiera admirado la diplomacia de aquel hombre de experiencia, tan diestro en el recurso de la más timorata circunspección. Pero en aquel momento, el escritor juzgó aquella reserva tanto más pueril, cuanto le hacía jugar un papel bastante bajo y poco elegante: el de un calumniador que deshonra á la mujer en cuya casa ha comido dos días antes. Apresuró, pues, el paso tanto como la cortesía se lo permitía, á fin de no permanecer más tiempo solo con el barón, y también para reunirse con las personas de su partida que ya habían llegado. Salieron de la primera sala para entrar en la segunda llamada "de las porcelanas," y después en una tercera "de los frescos de Perin del Vaga," á causa del cielo raso donde aquel maestro ha pintado su "Júpiter fulminando rayos sobre los gigantes," y, en fin, en una cuarta, llamada "de los Arazzi," á causa de las maravillosas tablas de que está decorada. Raros espectadores se paseaban por allí, pues la estación estaba un poco avanzada, y esta época, buscada de intento por Ancona, atestiguaba el cálculo de un odio profundo ó la astucia del sindicato de revendedores. Todas las magnificencias del palacio iban á ser adjudicadas por la mitad del valor que hubieran tenido algunos meses antes ó después. El pequeño número de curiosos hacía resaltar por contraste la profusión de muebles, de telas, de objetos de arte de toda clase que llenaban las vastas piezas. Era un asombroso resto de quinientos años de poder y de lujo, donde las obras maestras dignas de los grandes Médicis y ejecutadas en su tiempo, alternaban con las fruslerías del siglo XVIII y los bronceos del primer Imperio, con los bibelots de plata encargados á Londres el día antes. El barón Justus no había podido con-

tenerse, y colocando al fin sobre su nariz el famoso lente, interpelaba á Dorsenne para mostrarle un sillón curioso, el cincelado de un marco, el bordado de una tela. Una ojeada le bastaba para formar un juicio exacto de cada uno de aquellos objetos. Si el novelista hubiese tenido el ánimo en disposición de observar, tal vez habría notado también el conocimiento minucioso que el banquero tenía del catálogo, y que indicaba un estudio demasiado profundo para no estar mezclado con algún proyecto misterioso.

—Aquí hay un tesoro—decía.—Repare usted en esos dos *potiches*, con su tapadera corva y ese fondo de naranja adornado de oro. Dos piezas que no se hacen más que en China. ¡Y ese confidente en viejo Saxe decorado de flores! ¡Y esa capa pluvial en aquella vitrina! ¡Qué maravilla! ¡Vale tanto como la de Pío II, que está en Pienza y que se había robado! Poco me faltó para comprarla en aquella época en 1.500 pesetas. Y vale 15.000 ó 20.000, cuanto se quiera. Mire usted ahora la loza hispano-morisca. Habrá sido traída de España cuando el cardenal Castagna. ¡Ah! ¡Cuántas riquezas! Pero va usted tan de prisa como el viento—añadió,—y tal vez es lo mejor, porque yo me detendría, y el caballero Fossatti, el contratista á quien estos terribles acreedores de Pepino han confiado la venta, tiene espías por todas partes. Mira usted un objeto, es usted conocido por *solider Mann*, como dicen los alemanes, y se toma nota de usted. Yo debo estar en su lista. Me dejo arrastrar por él... Es un hombre muy fino... Pero espere usted... Veo á esas señoras... Hemos debido pensar que estaban allí...

Y mientras sonreía... (¿de quién, de Fossati, de sí mismo, ó de su compañero?) hizo leer á este últi-

mo un cartel colocado á la puerta de entrada de una habitación, y que decía: "Salón de las arcas de matrimonios". Allí, en efecto, colocadas en hilera, á lo largo de las paredes, había unas quince de esas cajas de madera pintada y esculpida, de esos *cassoni*, donde fué moda de otro tiempo, entre las grandes familias italianas, encerrar las ropas destinadas á los nuevos esposos. Los de la familia Castagna atestiguaban por sus escudos que alianzas comprometía el último de los sobrinos de Urbano VII, actual Príncipe de Ardea, en el derrumbamiento de su fortuna hereditaria. Tres mu-



jes jóvenes, muy elegantes, estaban ocupadas en examinarlas. Dorsenne reconoció entre ellas, al momento, á la rubia y delgada Alba Steno, á la señora de Gorka, con su elevada estatura, su cabellera rubia también y su enérgico perfil de inglesa, y á la linda señora Maitland, con su tez como dorada, que parecía no haber tomado de la sangre negra más que lo justo para obscurecer su fino rostro. Florent Chaprón, el

cuñado del pintor, era el único hombre que acompañaba á las tres señoras. La Condesa Steno y Lincoln Maitland estaban ausentes. Oíase la voz melodiosa de Alba que deletreaba los blasones esculpidos sobre las arcas, en otra época abiertas con estremecimientos de tierna curiosidad por las jóvenes soñadoras como ella.

—Mira, Maud—decía á la señora Gorka—. He aquí el roble de los Della Rovere... y las estrellas de los Altieri.

—Yo he encontrado la columna de los Colonna—respondió Maud Gorka.

—¿Y usted, Lydia?—preguntaba la señorita Steno á la de Maitland.

—Yo las abejas de los Barberinis.

—Y yo las lises de los Farnesios—dijo á su vez Florent Chaprón, que, habiéndose levantado el primero, vió á los que llegaban.

Saludóles alegremente con su peculiar sonrisa que parecía iluminar hasta el azulado reflejo del blanco de sus ojos, y con la que dejaba al descubierto sus sanos dientes. —No les esperábamos á ustedes, señores—dijo—. Todo el mundo ha faltado á nuestra cita. Lincoln está trabajando y no ha querido abandonar su taller. Parece que la señorita Hafner excusóse ayer con estas señoras. La Condesa Steno tiene jaqueca. No contábamos ya con el Barón, que tiene fama de no haber llegado nunca cinco minutos después de la hora señalada.

—Yo estaba segura de que Dorsenne no faltaría—dijo Alba mirando al joven con sus pupilas de un azul tan claro como sombrías eran las de la señora Gorka—. Solamente que esperaba encontrarle en la escalera al irnos y que nos diría con asombro: ¿Cómo? ¿No soy exacto? Y añadió: —No se excuse

usted y responda al examen de historia romana que vamos á hacerle sufrir. Es un verdadero curso el que acabamos de seguir aquí. ¿Cuáles son las armas de esta familia?—insistió invitando al joven á inclinarse sobre una de las arcas—. ¿No lo sabe usted? La familia de los Caraffas, señor hombre célebre. ¿Y qué Papa han tenido? ¿Tampoco lo sabe usted? Paulo IV, señor escritor. Si fuese usted á vernos á Venecia, yo le asombraría con mi erudición sobre los Dux.

Había pronunciado aquellas frases con gracia tan afectuosa; se conocía también que estaba en una de sus horas de infantil alegría—¡horas muy raras!—que Dorsenne, preocupado como estaba por su causa, sintió el corazón conmovido. La extraña falta de la señora Steno y de Lincoln Maitland podía no ser más que casual. Pero estando el joven persuadido de que la Condesa amaba á Lincoln, y no dudando que fuese la querida de éste, la doble ausencia le parecía singularmente sospechosa. Esta idea había bastado para que la inocente alegría de la joven le causase daño. Aquella alegría resultaba trágica si era verdad que el otro amante de la Condesa había regresado de improviso, advertido por alguna denuncia de lo que pasaba. Dorsenne experimentó, pues, una verdadera emoción al preguntar á la señora Gorka:

—¿Qué tal está Boleslas?

—Creo que bien—dijo la joven—. Hoy no he recibido carta suya. Y como usted dice, cuando faltan noticias, buena señal.

El Barón Hafner estaba al lado de Maud Gorka cuando la joven pronunció esta frase. Involuntariamente Dorsenne le miró, é involuntariamente también, por dueño de sí que el otro fuese, miró á Dor-

senne. No se trataba esta vez de una simple hipótesis. Que Gorka hubiese vuelto á Roma sin saberlo su mujer, constituía, para cualquiera que supiese sus relaciones con la señora Steno y la infidelidad de esta última, un suceso de gran importancia y de terribles consecuencias para que los dos hombres no tuvieran el mismo pensamiento. ¿Sería aún tiempo de impedir una desgracia? Pero cada uno debía en aquella circunstancia, como acontece en las más importantes crisis de la vida, mostrar el fondo de su carácter. Ni un solo músculo del rostro de Hafner se contrajo. Trataba quizás de prestar un servicio capital á una mujer en peligro, por la que él sentía toda la amistad de que era capaz. Aquella mujer era la clavija maestra, digámoslo así, de su situación social en Roma. Era más aún: todo un proyecto de matrimonio para Fanny, si secreto todavía, á punto de terminar; descansaba en la señora Steno. Pero él se encontraba con que no podía prestar aquel servicio más que después de haber pasado media hora en las salas del Palacio Castagna, y procuró emplearla de la manera más provechosa posible. Volvióse á la señora Gorka y la dijo con aquella finura acentuada que le era habitual:

—Condesa, si me permite usted que le dé un consejo, no se detenga usted ante esas arcas por interesantes que le parezcan. En primer lugar, como acabo de manifestar á Dorsenne, el caballero Fosati tiene policía por todas partes. La permanencia de ustedes cuatro es ya notada, estén seguras de ello; de modo que si demuestran ustedes mucha admiración por una de estas arcas, él lo sabrá y procurará que paguen el doble ó el triple de su valor. Además, tenemos que admirar otras riquezas, principalmente unos dibujos, verdaderas obras maestras

que Ardea no sospechaba poseer y que Fossati ha descubierto, ¿lo creerán ustedes?, comidos ya por los gusanos en un armario de uno de los desvanes.

—Eso interesará mucho á la colección de usted—dijo Florent—y á la de mi cuñado.

—Vamos—respondió la señora Gorka con su buen humor de costumbre—hay por lo menos dos areas que me entusiasman y que deseo tener. Lo he dicho tan alto que es de suponer que el caballero Fossati lo sepa, si verdaderamente emplea ese lindo destino de espionaje. —Pero cuarenta ó cincuenta libras más no valen la pena de mentir, ni aun cuarenta mil.

—Hafner te dirá que ese tono no es todavía demasiado bajo—dijo Alba Steno, riendo—y añadirá su célebre frase: Usted no será nunca diplomática; y después de haber pasado ante la silenciosa Lady Maitland, la joven se volvió hacia Dorsenne, deteniéndose para quedar detrás con él, á quien dijo: Acabo de ser un poco diplomática, á fin de saber si tiene usted algún disgusto.—Y su móvil rostro había cambiado de expresión para mirar á Julián con verdadera ansiedad.—Sí—añadió—nunca le he visto á usted tan preocupado como esta mañana. ¿Es que no se encuentra usted bien? ¿Ha recibido usted alguna mala noticia de París? En fin, ¿qué tiene usted?

—¡Yo preocupado!—respondió Dorsenne.—Se engaña usted. No tengo absolutamente nada.

Imposible era mentir con más evidente torpeza; y si alguien merecía la burla y el menosprecio del Barón Hafner, era él seguramente. Apenas había hablado la señora Gorka, había él, con la rapidez de los hombres de imaginación, visto en su pensamiento á la Condesa Steno y á Maitland sorprendi-

dos por Gorka en alguna cita, y como resultado de la sorpresa una provocación, una muerte quizá. Y como Alba continuara riendo, su emoción al pensar por la triste suerte de la niña, era tan fuerte, que su rostro estaba, en efecto, demudado. Su esfuerzo por ocultar esta emoción dió un tono tan seco á su voz, que la joven dijo:

—¿Le he molestado á usted con mis preguntas?

—De ningún modo—respondió sin poder encontrar una palabra cariñosa.

Sentíase en aquel instante incapaz de sostener una conversación de las que frecuentemente tenía con ella, en aquel tono de una intimidad entre burlona y sentimental. Añadió:

—Encuentro solamente que esta exposición es un poco melancólica. He aquí todo. Pero no perdamos la ocasión de verla, dirigidos por este incomparable *cicerone*. Y apresurando el paso, hizo que la joven se reuniese al grupo dirigido por Hafner entre la magnificencia de aquel sitio casi desierto. Continuó el paseo, oyéndose la voz del Barón comentando el decorado que el comisario-tasador había puesto en todas las cosas, y las claras voces de las señoras y de los hombres que le interrogaban.

—Vean ustedes—decía el antiguo cambalachero de Berlín y de París—vean ustedes cómo ese charlatán de Fossati ha tenido cuidado de no multiplicar los bibelots ahora que estamos en los salones de recepción. Esos sillones parecen esperar á los convidados. Se les ha dibujado en una revista de artes decorativas de París. Y aquel comedor con su vajilla de plata sobre la mesa, ¿no se creería preparado para una fiesta?

—Barón,—preguntaba la señora Gorka,—mire usted, esta tela es del siglo XVIII, ¿no es verdad?

—Barón,—preguntaba la señora Maitland,—esta taza con tapadera, ¿es del viejo Vienne ó de Capodimonte?

—Barón, ¿esta coraza es trabajo florentino ó milanés?

Y el antejo se movía sobre la puntiaguda y firme nariz del Barón, entornábanse sus ojos, plegábanse sus labios, y respondía tan bien que parecía que hubiese estudiado el catálogo en sus menores detalles. Dábanle los otros las gracias, y pronto volvían á sus preguntas, excepción de Alba Steno y Dorsenne, que no le dirigían ninguna. En otras circunstancias, el último hubiera procurado distraer la tristeza de la joven, que nada decía desde que él había disipado su amigable inquietud. En el fondo no daba á aquello gran importancia. Aquellas transiciones de una alegría excesiva á un repentino abatimiento, eran habituales en la Condesita, sobre todo cuando se hallaba cerca de él. Aunque fuese indicio de un sentimiento vivo, Dorsenne atribuíalo á desequilibrio nervioso, y, por otra parte, en aquel instante estaba muy absorto en sus pensamientos. Se preguntaba si después de la manera como había hablado la señora Gorka, no sería prudente hacer conocer á Lincoln Maitland el regreso clandestino de su rival. Tal vez el drama no se había aún efectuado, y si las dos personas más interesadas en él sabían á qué atenerse... Sin duda que Hafner advertiría á la Condesa. ¿Pero cuándo? Dorsenne, en cambio, podría en seguida anunciar la entrada de Gorka en escena á Floret Chaprón, al que en aquel momento miraba pasear entre todos los objetos de la exposición su torva mirada de eslavo. Aquel paso hubiera sido para otro una enormidad. Pero el novelista era presa de esa ansiedad que produce la

idea de que los momentos están contados, ansiedad que hace perder toda sangre fría á las personas nerviosas, mucho más aún á los escritores, habituados por su oficio á no distinguir nunca lo posible de lo real. Por otra parte, las relaciones de Florent Chaprón y de Lincoln Maitland, eran de una naturaleza muy especial, y habían interesado excesivamente al novelista para que en aquel momento de extrema angustia no tuviera en cuenta sus anteriores observaciones. Sabía que Florent, enviado muy joven á los jesuitas de Beaumont, en Inglaterra, por un padre cuidadoso de evitarle las humillaciones que su sangre le reservaba en América, había experimentado por Lincoln, educado también en aquel sitio, una exaltada amistad. Sabía que la amistad por su camarada de colegio habíase convertido en un entusiasmo exagerado por el artista, cuando el talento de su antiguo compañero había empezado á revelarse. No ignoraba que el matrimonio, que había puesto la fortuna de Lydia al servicio del pintor, había sido obra de este entusiasmo, en un tiempo en que Maitland, arruinado por la mala administración de su madre, y todavía poco apreciado por el público para vivir de su pincel, había llegado á la desesperación. El carácter excepcional de este matrimonio hubiera asombrado á un hombre menos estudioso de las singularidades morales que Dorsenne. Este había advertido demasiado el silencio y el aspecto de aquella hermana para no considerarla como una víctima. Pensaba que el culto por la gloria de su cuñado cegaba á Florent hasta el punto de ser el que representaba el principal papel en el sacrificio.

—Drama por drama—se decía en el momento en que el fin de la visita se aproximaba, y tras un largo combate interior.—Vale más que ha ya entra-

do en esta familia que en la otra. Yo me reprocharía siempre no haberlo intentado todo.

Estaban en la última sala, y el Barón Hafner acababa de atar con sus ágiles y largos dedos los cordones de un album de dibujos llevado por uno de los empleados, cuando la dicha resolución se apoderó del joven de una manera definitiva. Alba Steno, que continuaba en silencio, le miraba de nuevo con ojos que revelaban la lucha sostenida entre su interés por él y su orgullo ofendido. Como iban á separarse quería, sin duda, preguntarle siguiendo su íntima y encantadora costumbre, cuándo se volverían á ver. No se fijó el joven en esto, como tampoco en las miradas del Barón que le indicaban fuera muy prudente, ni en el espionaje de la señora Gorka, que, habiendo al fin notado el mal humor de Alba, buscaba la causa de él donde había adivinado hacía tiempo que estaba el corazón de la joven, ni tampoco en la actitud de la señora Maitland, cuyas pupilas lanzaban á veces luminosos rayos de una perfidia igual á la dulzura de su hermano. Dorsenne cogió á este último por el brazo, diciendo en voz alta:

—Querría ver qué impresión le causa á usted un retrato que he visto en la otra pieza, mi querido Chaprón.

Después, cuando estuvieron ambos ante un lienzo cualquiera que había servido de pretexto para el caso, continuó en voz baja:

—He recibido esta mañana una extraña noticia. Imagine usted que Boleslas Gorka está en Roma sin que su mujer lo sepa.

—Es bien extraño, en efecto — respondió el cuñado de Maitland, que añadió resueltamente después de un instante de silencio. — ¿Está usted cierto?

— Tan cierto como de que estamos aquí, — dijo

Dorsenne. — Uno de mis amigos, el Marqués de Montfanón le ha encontrado esta mañana.

Hubo un nuevo silencio entre los dos interlocutores, durante el cual Julián sintió que el brazo sobre el que apoyaba el suyo temblaba.

Después volvieron al lado de los otros, mientras Florent decía en voz alta:

—Es un excelente cuadro, que, por desgracia, está barnizado con exageración.

— ¡He hecho bien! — pensó Julián — ¡Me ha comprendido!...

